

(Continuación de 1.ª pág.)

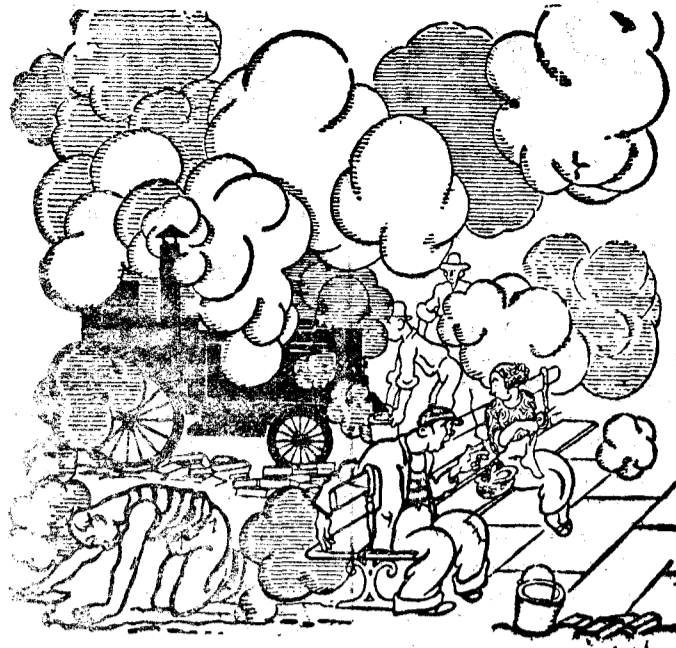
mercio. Y he obtenido la impresión del absoluto pesimismo con que Mr. Golden, que posee los supremos fundamentos de juicio sobre la materia, vislumbra el panorama del cinema americano.

—¿Cuál es el origen de esa situación?

—Para darse cuenta de ella basta con hacer un poquitín de historia. Un día, una de las casas más importantes de los Estados Unidos, se decidió a hacer el primer ensayo considerable de cinematografía sonora. E imprimió "El cantor de jazz", aprovechando las grandes facultades y la popularidad del cantor Al Jonson. Los simples anuncios de la película, próxima ya a ser estrenada, despertaron gran expectación, y otras casas editoras, dándose cuenta de ello, no quisieron quedarse atrás. Y empezaron a comprar patentes de procedimientos de fabricación de films sonoros, invirtiendo en ello costosas sumas. Esto determinó a la casa productora del "Cantor del Jazz", para asegurar su primacía, a convertir lo que sólo tenía categoría de ensayo en principio de un nuevo tipo de películas y desdeñando por el momento el cine mudo, acondicionaron sus estudios en la forma requerida para los trabajos de reproducción del sonido. Esto que, inmediatamente, fué imitado por las demás entidades productoras. Al mismo tiempo, la mayoría de los cinemas, llevados por el afán de la competencia, instalaron en sus cabinas aparatos de proyección de películas sonoras y el resultado de todo ello fué que poco después no había en todo el territorio de los Estados Unidos apenas un cinema que no estuviese dispuesto para la explotación de los "talkies", como allí se llama a las películas sonoras y parlantes. No olviden ustedes que se trata del país de la "standardización", de la producción en serie.

—¿Y la actitud del público?

—Pasada la natural curiosidad del primer momento, fué francamente contraria al sonido y a la voz en el film. Una de las revistas más importantes en cinema hizo un plebiscito sobre sus



GALANTERIA

— Señora, ¿no le molesta el humo de tabaco?

lectores y el resultado fué extraordinariamente favorable al cinema mudo.

—Pero siguió la filmación de películas sonoras...

—Naturalmente... Todos, tanto los productores como los explotadores, habían invertido sumas considerables en equipar los estudios y las salas de proyección y trataron de amortizar esos desembolsos. La idiosincrasia americana además, impide a los productores de cualquier clase de artículos ocuparse de si su industria interesa o no al consumidor; sólo se cuidan de imponerla y para ello disponen de organizaciones de propaganda realmente abrumadoras. En este caso había que obligar al público a transigir con los "talkies" y para ello han suprimido por completo la producción de películas mudas. Así, aun contra su voluntad, el ciudadano, si quiere ir al cinema, habrá de soportar lo que los grandes magnates de la cinematografía quieren darle.

—Pero las películas sonoras cuestan mucho más caras que las mudas...

—Exactamente. Se puede calcular

el sobreprecio, en términos generales, en un 35 o 40 por ciento. Y, al mismo tiempo, el aumento del precio en las localidades de las salas de proyección, no basta a compensar de la disminución de número de espectadores. Pero no es ello lo más grave. Lo realmente peligroso consiste en la necesidad de hacer distintas versiones habladas de cada película, según el país en que hayan de proyectarse. Esto es lo terrible. Cada versión supone un gasto considerable, que ha de amortizarse en un solo país, excepto el caso del idioma castellano, que posee el gran mercado de América.

—Ello redundará en beneficio de la producción nacional de cada país.

—Y con ello la industria norteamericana del film sufrirá un ruído golpe. Para España, para Francia, para Alemania, la implantación del cinema sonoro y hablado ofrece la gran ventaja de permitirles crear una cinematografía propia, sin grandes competidores extranjeros. Para Norteamérica, en cambio, significa la pérdida de su hegemonía, de su gran triunfo. Ya en

la Bolsa se advierten los primeros síntomas del conflicto. En Vall Street los valores de la industria del film han sufrido una baja considerable y se avecina un pánico tremendo...

—¿Y no encuentran ustedes medio de evitarlo?

—Trabajamos incesantemente para ello. Buscamos en la producción de películas en castellano la compensación del mercado de hispanoamérica. Y ensayamos de continuo nuevos procedimientos que permitan a los "talkies" satisfacer de verdad los gustos del público.

—¿Cree usted que lo conseguirán?

—Esa es ya otra cuestión. El cinema sonoro acaba de nacer y fuera locura exigirle más de lo que ha podido dar. Pero nadie duda que el futuro del nuevo arte ha de ser muy diferente de lo que hoy tenemos por maravilla de la técnica. Por eso acepta-

mos todas las ideas nuevas, todas las iniciativas, con la esperanza de que alguna de ellas sea la salvación artística e industrial de una industria importantísima que ahora atraviesa grave crisis...

C. FERNANDEZ CUENCA  
(Colaboración de EL AUTONOMISTA)

**BOSCH MASGRAU J. M.**  
Médico  
Fisiólogo del Hospital Prov.  
MEDICINA GENERAL  
ENFERMEDADES DEL  
CORAZON Y PULMONES  
Consulta:  
De 11 a 1 de la mañana y de 4 a 6  
de la tarde.  
Pl. del Oli, 2, pral. - Girona  
Teléfono Urbano, 251

# TREBUR

Es una veritat comprovada  
pels seus efectes concluints, contra  
**TIFUS, GRIPPE, BRONCONEUMONIA**  
**PULMONIA, PALUDISME,**  
**SARAMPIO, etc.**

Per a resoldre completament  
les malalties indicades

NO DEIXEU DE PENDRE

# TREBUR

DEMANIN PROSPECTE EN LES FARMACIES

# HOY ÚLTIMO DÍA en el TEATRO ALBENIZ EL DESFILE DEL AMOR

La EXTRAORDINARIA PÉLICULA SONORA

Folletería de EL AUTONOMISTA N.º 135

R. ORTEGA FRIAS

## LA AGONIA DE UN DÉSPOTA

Publicación autorizada por la "Editorial Castro, S. A." — Apartado de Correos, número 3.

CARABANCHEL BAJO. — (Madrid).  
Prohibida la reproducción

amigos de don Guillén no consiguen salvarme, llegaré hasta lo último.

¿Qué me importa? Un día u otro tenía que suceder así. Esos hombres generosos me han transformado. Moriré sí, pero el noble don Guillén vivirá tranquilo, y todos ellos bendecirán mi memoria.

Oyó entonces un ruido casi imperceptible al otro lado de la fingida pared.

Contestó arrancando suavemente la tabla.

Se incorporó en el lecho. Aplicó el oído.

Algo le dijeron muy grato a través de un pequeño agujero que acababa de abrirse.

En el semblante de Bartolo se reflejó la alegría.

La escasa claridad del crepúsculo iluminaba con pálidas tintas el aposento.

Cerró la noche.

—Os traeré luz—dijo.

—No—contestó Bartolo—. Me siento mejor, ahora no me molestan las punzadas y creo que voy a descansar.

—¡Ah! Si consiguiérais dormir os haría un gran bien.

—Tal creo.

—Os dejo, pues.

—Y si viene el doctor o el sacerdote suplicadles que no interrumpen mi sueño.

—Nadie entrará hasta que llaméis. Dormid tranquilo.

La vieja salió, cerrando la puerta.

La habitación del enfermo quedó en la más profunda oscuridad.

En medio de ella brillaban los ojos de Bartolo como dos luciérnagas.

Su respiración ora agitada.

Aproximábase la hora de jugar el todo por el todo.

Los momentos eran críticos.

Podía suceder que al huir Bartolo, dejándose sobre su lecho y en su lugar un cadáver, se produjera algún ruido

entraran los corchetes que vigilaban en la inmediata habitación y el plan de Andrés viniera a quedar frustrado.

Entonces, descubierta la farsa, se extremarían las medidas de rigor, sería conducido a la cárcel y no habría ya salvación posible.

Poco antes el arrepentido criminal estaba dispuesto a sacrificar su vida; pero animado después por la esperanza ya no pensaba en morir, sino en salvarse.

De un lado la cárcel, las torturas y la horca; y de otro la salvación, la libertad, los placeres.

Esto era lo que iba a decidirse.

Su situación no podía ser más violenta.

¿Qué le había dicho Andrés?

¿Qué intentaba el atrevido escudero?

Conocemos en principio el plan que se proponía, pero en su realización había de encontrar serias dificultades.

Estas no se acultaban a Bartolo.

No se encuentra un cadáver, se trasladó de un punto a otro de la población, y se le introduce en una casa sin que todas esas maniobras dejaran de llamar la atención.

Primeramente, ¿dónde encontrar el cadáver?

Andrés no había de atreverse a profanar un cementerio.

Y aunque ayudado por la casualidad consiguiera encontrarlo, ¿cómo lo llevarían hasta allí sin exponerse a ser sorprendidos por una ronda?

Y después, una vez hecha la sustitución, ¿no era posible y aun seguro, que el doctor, el alcalde, el sacerdote o la

vieja, comprendieran que no había la menor semejanza entre el muerto de hoy y el enfermo de ayer?

Bartolo empezaba a temer que el plan fuera irrealizable.

Y mientras agitado, ansioso entre el temor y la esperanza, se revolvió en su lecho el infeliz, prestando atención al menor ruido, trasladémonos a la morada del capitán Salvatierra, donde nuestros amigos esperaban no menos desasosegados e impacientes.

La noche avanzaba y Andrés no parecía.

Salvatierra, con agitación febril, recorría la estancia.

El señor Baltasar y Espinosa estaban tranquilos.

Ferrán permanecía impasible.

D. Guillén, con la cabeza inclinada sobre el pecho se entregaba a las más

tristes meditaciones.

Era sombría su actitud.

Por un momento creyó que la fatalidad se había cansado de perseguirle y la fortuna y la esperanza sonreían en el horizonte de su porvenir pero viendo el giro que tomaba el asunto y los obstáculos casi invencibles que se oponían a su felicidad, volvió a caer en el abismo de su desesperación.

Había creído terminar la lucha y se encontraba ésta en su período más temible.

Después de todo, si el rey se oponía a que se diera publicidad a las declaraciones de Munilla, ¿qué habría conseguido?

La justicia dejaría de perseguirle; pero con esto nada adelantaba mientras don Juan de Ramales no quedara convencido de su inocencia.

Esto era lo que importaba al caballero, porque su única aspiración, su única felicidad se cifraban en el amor de doña Isabel.

Aspiración y felicidad irrealizable mientras don Juan le creyera un vil asesino.

Por otra parte, la generosidad de Bartolo iba a resultar inútil, y si Andrés no conseguía salvarle, perdería la vida en la horca sin haber conseguido nada, porque seguramente se daría muerte a los dos criminales que podían divulgar aquel grave secreto de Estado.

¡Estéril sacrificio!

En todo esto pensaba don Guillén de Castro, y se convencía de que había alimentado esperanzas ilusorias.

La situación era, en verdad, más complicada que nunca.

Todos guardaban silencio.

—Mucho tarda el buen Andrés—dijo por fin Salvatierra, cuyo temperamento nervioso no se avenía con la inacción.

En este momento se abrió la puerta.

## EDITORIAL CASTRO S. A.

Tel. CASTROLO. - Apartado de Correos, 3. - Rueda Diez. 5  
CARABANCHEL BAJO. (Madrid)

Si Vd. es amante de la lectura, si desea adquirir una interesantísima novela,

SUSCRIBASE A

**El hijo de la obrera—Los golfos de Lavapiés**  
**Por el amor de un hombre**  
**El diablo en palacio.**

o pida un catálogo para elegir entre los 300 títulos disponibles

También contamos con un vasto catálogo de LIBRERÍA GENERAL; obras de Filología, Historia, Ciencias, Artes, Literatura, y servimos cuanto se nos pida, pertenezca o no a nuestro fondo.

Se precisan corresponsales — GRANDES DESCUENTOS